

# La enseñanza del idioma

DENTRO de pocos días volverán a funcionar las clases en escuelas y colegios. Me gusta esa palabra «funcionar». Trae al espíritu la imagen de algo rígido y mecánico que corresponde muy bien a la realidad. En la enseñanza todo marcha ajustado a los reglamentos: puede estar herrumbroso un engranaje, o haberle saltado un diente, o deslizarse mal una polea, o faltar lubricante, o no tener ganas de trabajar algún obrero; pero la máquina, mal que bien, anda, funciona, aunque sea con el tran tran rechinante de una vieja locomotora de vía muerta. Sin embargo, si la palabra me gusta, no me gusta la cosa. En la enseñanza debiera haber vida, alma, y no las hay; —lo digo sin querer agraviar a los buenos maestros, quienes poco pueden hacer, con su inteligencia y entusiasmo, ante la pesadumbre del armatoste que se les confía.

La cuestión general es vieja y no he de renovarla, pero puede ser tocada con provecho en un punto, en el concerniente a la enseñanza de nuestro idioma en los colegios nacionales.

Partidario como el que más de la educación científica, y enemigo de la retórica como pocos, pienso que lo que nuestra escuela secundaria debiera muy cuidadosamente enseñar, es la expresión clara y precisa del pensamiento. Y no lo hace, porque en ella el idioma se enseña mecánicamente, según sistemas anticuados, antes que en forma viva y espiritual. Tres años de gramática y dos de literatura constituyen el ciclo de la enseñanza del idioma en los colegios nacionales: cinco años de letra muerta, de nombres, definiciones, divisiones, reglas, esquemas, sumarios, repertorios, todo inflexible teoría sin una sola aplicación práctica. Me podría contradecir algún raro profesor de los que hacen por su cuenta y riesgo lo que nadie les manda ni pide. No podrá contradecirme la casi totalidad.

El propio idioma se aprende leyendo y escribiendo; en nuestros colegios se lee poquísimo y no se escribe casi nada. Se ha llegado a enseñar en el primer curso, a chicos de doce años, media docena de espinosas clasificaciones de las letras del alfabeto, laboriosamente fundadas en la fisiología y la acústica, por Benot, Cejador, Menéndez Pidal, etc.; y a los mismos chicos no se les ha enseñado a describir siquiera un gato. Se ha llegado a afirmar en sesudas reuniones de profesores que no es posible que un alumno componga una carta sin antes saber por menudo la analogía. Se pretende que el alumno de tercer año enumere todas las lenguas del universo y repita de coro

todos los minuciosos preceptos de la sintaxis, sin solicitarle que a lo menos una vez en su vida, se digne distinguir prácticamente en una oración, el sujeto de un complemento. En cuarto año le obligamos a darnos su certidumbre, aprendida de memoria, sobre la esencia de lo bello y lo sublime, y no nos asombra que luego nos confiese cándidamente no haber leído jamás ninguna poesía, tampoco las tan difundidas del jardín de los poetas de «El Hogar». En quinto le exigimos que conozca el número exacto de versos de los poemas medievales anónimos, que nadie lee salvo algún erudito, o que nos cuente el argumento del «Bernardo» o de cualquier otro librote, que nadie ha leído hasta ahora, ni el propio autor, y no nos desmayamos cuando el alumno nos confía su enterredora creencia de que «Amalia» es de Sarmiento y «Facundo» de Belisario Roldán.

No pongo en cuanto digo una pizca de exageración; al contrario, me quedo corto, porque el espacio de que dispongo no me permite referir chistosísimas y ejemplares anécdotas de examen.

De este modo van a la universidad —y, ¡ay!, salen de ella— generaciones de estudiantes que apenas alcanzan a balbucir su pensamiento, y si escriben, no aciertan sino a enredarse en desafortunados períodos sin cabeza ni cola. Hago a un lado su ignorancia ortográfica, pues es noticia antigua. Así nuestra juventud «ilustrada» no se avergüenza de no leer novelas y versos, admira los espasmódicos manifiestos y discursos de los políticos al uso, es angustiosamente cursi en su sentido de la vida, chatísima en sus instintivas aficiones artísticas, y, para abreviar, habla, escribe, piensa y siente como puede hacerlo quien carece de toda cultura literaria, lo que equivale a decir, de toda cultura de ideas. Pues la educación del lenguaje es educación del pensamiento, como que uno y otro son dos aspectos de una misma función; por consiguiente, quien ignora las leyes de la expresión justa, entiende a medias a los demás, piensa torcida o vagamente y será pésimo cultor de cualquier disciplina, no sólo de las literarias.

Porque el país tenga una ciencia seria y un arte noble; porque sus universidades sean hogares de idealismo; porque sus hombres de gobierno piensen de veras; porque su pueblo no se pague de declamaciones; porque mueran la retórica, esa vieja chillona sin seso ni corazón, madre de toda falsía y de toda farsa, a quien no valen

muecas, afeites, cintajos, lentejuelas y flores de trapo para encubrir su impúdica flacura,—es necesario que la enseñanza del idioma sea fundamentalmente cambiada en nuestros colegios.

La enseñanza gramatical y la preceptiva literaria no sirven absolutamente para nada si no se las deriva de una ejercitación asidua y tenaz del idioma, hecha sobre los buenos escritores, los modernos en primer término, los antiguos después. Suprimáanse todas las cátedras de idioma nacional y literatura y no se perderá nada, a menos que no se diga de una vez a los profesores, que sus alumnos, sólo leyendo y escribiendo mucho, dirigidos con inteligencia y paciencia, aprenderán el tal idioma. Que se les diga eso y se les ponga en condiciones, modificando planes, programas, horarios, métodos de clase y procedimiento de examen, de ser verdaderos profesores de castellano, lo cual no es ser meros pedantes, quiero decir maestros de gramática.

Ignoro qué se hace en esta materia en el Zululand, pero lo expuesto es lo que se hace en todos los países civilizados.

ROBERTO F. GIUSTI

(El Hogar. Buenos Aires).

## Repertorio Americano

Antología de la prensa castellana y extranjera.

De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado decenalmente por

**GARCÍA MONGE Y Cía.,**  
EDITORES

Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

### ECONOMIA DE LA REVISTA

El número suelto .....	¢ 0-40
La serie trimestral (9 entregas), pagada por anticipado y solicitada a la Administración...	3-00
Para el extranjero, el número suelto .....	¢ 0-15 o/o am.
La serie anual (36 entregas)...	5-00 » »
La página de avisos, por inserción .....	20-00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

### ESTOS BUENOS LIBROS:

*Ortodoxia*, de G. K. Chesterton. Traducción de Alfonso Reyes. En rústica, a ¢ 3-25.

*Zanahoria*, de J. Renard. Traducción de E. Díez Canedo. Empastado, a ¢ 2-50.

*Diario de un poeta recién casado*, de Juan Ramón Jiménez. En rústica, a ¢ 3-25.

*Cervantes*, de Paolo Savj López. Traducción de Antonio G. Solalinde. En rústica, a ¢ 3-25.